

Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial

Libros

Kagan, Robert
(Madrid, Taurus, 2003).

Cuando en julio de 1947 aparecía publicado, en la revista *Foreign Affairs*, el artículo de G. F. Kennan (Mister X) no sólo se explicitaba a la opinión pública norteamericana –y mundial– la estrategia que sería la piedra angular de la política exterior estadounidense durante la primera Guerra Fría, a saber la Contención. También se daba paso a una práctica que pronto se convertiría en tradición, es decir, la participación de teóricos en la configuración ideológica de la acción exterior en las administraciones estadounidenses. Como ya lo fueron Henry Kissinger o Zbigniew Brzezinski, hoy conocemos uno de los principales fundamentos conceptuales de la presidencia republicana de George W. Bush a través de la obra de Robert Kagan, investigador, periodista, columnista del *The Washington Post*, responsable –años atrás–, del Comité de Asuntos Interamericanos en el Departamento de Estado y actualmente miembro de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional y del Consejo de Relaciones Internacionales.

El autor de *Poder y debilidad* nos revela sin rodeos la forma en que desde la Casa Blanca se entienden las actuales relaciones europeo-estadounidenses, o más explícitamente, la *brecha transatlántica*, que la última intervención en Irak ha puesto de mani-

fiesto. A la hora de establecer prioridades en política interior, definir las posibles amenazas, plantearse retos y diseñar la política exterior y de defensa, hace tiempo –dice Kagan– que Estados Unidos y Europa han tomado caminos diferentes.

En qué radica esta diferente forma de ver el mundo. A partir de una interesante interpretación histórica de dichas relaciones, en la que Estados Unidos, recién nacido a la vida independiente, se vio obligado a utilizar la estrategia del débil –es decir, el apego al Derecho Internacional– frente a unas poderosas potencias europeas, Kagan describe cómo Estados Unidos, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, se convierte en la potencia protectora del mundo occidental ante los afanes soviéticos, acción por la cual Europa puede prescindir de la preocupación militar y dedicarse a la construcción de su actual paraíso kantiano. De esta forma, al invertirse papeles y perspectivas –o más bien la ecuación del poder internacional– Estados Unidos, inmerso en un mundo hobbesiano, se ha vuelto cada vez más –y especialmente después de 1989 o 1991– unilateral en su política exterior, menos inclinado a confiar en las instituciones internacionales como las Naciones Unidas, y escéptico a operar bajo los preceptos del Derecho Internacional. Europa, por su parte, otorga mayor valor a instrumentos de *poder blando*, como la economía y el comercio, el multilateralismo, y un orden mundial donde las instituciones y el Derecho Internacional importen más que la voluntad de un solo país. Es la estrategia del débil, que ofrece una rentabilidad alta a muy bajo costo a una Europa posmoderna, en la expresión de Kagan. Desde esta óptica, sus opiniones resultan coincidentes con las de otros funcionarios, periodistas e intelectuales a la hora de valorar la situación del sistema internacional y el papel de los Estados Unidos. Es el caso de Richard Perle, en Estados Unidos, o de Robert Cooper y Timothy Garton Ash, en Gran Bretaña.

Ahora bien, esta desigualdad transatlántica radica en una diferente “cultura estratégica”, lo que en último término equivale a decir, poder militar. “A un hombre [se afirma en la página 50] sin más arma que un cuchillo seguramente le parecerá que un oso que merodea por el bosque es un peligro tolerable, puesto que la alternativa –darle muerte armado sólo con un cuchillo– entraña más peligros que tumbarse inmóvil y confiar en que el oso no ataque. El mismo hombre armado con rifle, sin embargo, proba-

blemente hará un cálculo diferente de qué constituye un riesgo tolerable...”. Así, y sobre la base de la diferencia de poder militar, Sadam Hussein era tolerable para unos y una amenaza insostenible para otros.

No obstante, estas desigualdades en la capacidad militar son la expresión de una diferencia “ideológica” mucho más profunda, que implica una mirada distinta hacia la concepción misma del poder.

Hoy, Europa rechaza las políticas de poder, que durante el siglo XX la llevaron a infligirse a sí misma, y a gran parte del mundo, dos guerras atrocemente destructivas (Gabriel Jackson). La barbarie de la que fueron capaces las naciones más “civilizadas” durante el siglo XX pudo realizar el milagro del entendimiento franco-alemán, impensable incluso en 1947. Algo aprendió Europa de las pretensiones hegemónicas y no está dispuesta a desandar el camino. Los europeos pueden, por tanto, ofrecer al mundo la trascendencia del poder, de su actual poshistoria. Paradójicamente, se arribó a este paraíso gracias a que Estados Unidos no dio el mismo paso. En la actualidad, los norteamericanos, a pesar de su inmenso poder, continúan en la historia y para compensarlos por haber levantado los muros del orden posmoderno de Europa, buscan libertad de acción para enfrentarse con los peligros estratégicos. Este es el gran problema de las relaciones transatlánticas, manifestado en toda su crudeza –según Kagan– con el final de la Guerra Fría.

A partir de 1989, al desvanecerse el enemigo común, desapareció paulatinamente la necesidad estratégica, ideológica y psicológica de demostrar que había un Occidente unificado; los ideales liberales ya habían triunfado. Lo anterior implicó el fin de la generosa política exterior estadounidense y la vuelta a la “normalidad”, es decir a su tradicional política de independencia o, en palabras de Kagan, al “nacionalismo universalista”, según el cual la causa de Estados Unidos es la causa de todo el género humano (Benjamín Franklin) y el orden internacional, el único estable y satisfactorio, es el que tenga por centro a Estados Unidos, para cuya defensa es necesaria la fuerza, ya que no conocen la experiencia de fomentar ideales sin utilizarla. Sería interesante saber si –en la actualidad– entre las motivaciones de aquellos ideales, y siguiendo en la línea de argumentación de la más pura tradición realista, se encuentra –por ejemplo– el petróleo.

La tarea, por tanto, consiste en adaptarse a la nueva realidad de la hegemonía estadounidense. Como Europa no pretende generar un poder militar equiparable al de Estados Unidos, deberá advertir lo necesaria que resulta su preponderancia. “Salvo una catástrofe imprevista –sentencia Kagan– es razonable presumir que no hemos hecho más que entrar en la larga era de la hegemonía de los Estados Unidos” (p. 134). ¿Argumentos? Las cifras de *The Economist*, recogidas en el libro. La economía estadounidense, cuyo tamaño es hoy comparable al de la europea, podría duplicar con creces el volumen de esta hacia el año 2050. Hoy la edad promedio de los estadounidenses es de 35,5, mientras que en Europa es de 37,7 años. En 2050, la edad promedio de los estadounidenses será de 36,2 años y, si la tendencia actual persiste en Europa, será de 52,7. Esto significa, entre otras cosas, que la carga financiera de cuidar a los ancianos dependientes crecerá mucho más en Europa que en Estados Unidos. También quiere decir que los europeos tendrán menos dinero para gastar en defensa en los próximos años. A largo plazo, la lógica de la demografía parece apuntar a fortificar el poderío estadounidense y agrandar la grieta transatlántica, provocando un agudo contraste entre el joven, exuberante, multirracial Estados Unidos y la envejecida, decrepita e introspectiva Europa.

Por su parte Estados Unidos, considerando que para Occidente constituye un riesgo llegar a decidir que Europa se ha vuelto irrelevante, debería dejar de sentirse coartado por la débil Europa –precisamente por eso– para así manifestar una mayor comprensión de las sensibilidades ajenas. Podría ser más razonable y mostrar lo que los padres fundadores llamaron un “respeto decente por la opinión de la humanidad”. Actitud no exenta de dudas respecto de su sinceridad, por ser el mismo Kagan quien considera que Estados Unidos debe moverse en una doble moral. Por lo demás, y si de sensibilidades se trata, es un hecho que Estados Unidos (la administración Bush) no logró capitalizar el sentimiento de compasión y solidaridad que los actos del 11 de septiembre despertaron en la opinión pública mundial y cabe preguntarse si podrá ser sensible a los problemas de la humanidad.

Entonces, ¿es impensable una vuelta a la “excepcionalidad” de la Guerra Fría, a menos que haya una catástrofe de por medio? Al parecer no hay retorno, al menos a largo plazo. No obstante,

los imperios no son eternos y el poder entraña peligros. La supremacía militar no puede por sí sola resolver muchos problemas y el carácter global de muchos de ellos implica escuchar al otro (otros). Por lo demás, la historia nos enseña lo indispensable que resulta el *poder blando* en aras de la eficacia del opuesto. La decadencia de Roma estuvo fuertemente influida por la devaluación de la moneda y la inflación de los precios.

La estrategia de la Contención resultó ser la ideología correcta en el momento adecuado, por su certero análisis de la ideología y comportamiento soviéticos, y especialmente, por haber evitado con éxito la materialización del fantasma nuclear. Está por verse si esta interpretación descarnada de la política del poder será igualmente acertada.

María José Henríquez Uzal